

Corea, un peligro para la paz

EL asesinato del presidente Chung Hee Park es un hecho importante, pues puede tener una trascendencia que desborde el marco puramente nacional.

En efecto, Corea es un país dividido por una guerra civil y que provocó en los primeros años del decenio de los cincuenta tales reacciones entre los principales países del mundo, que estuvo a punto de hacer estallar una tercera guerra mundial. Además, la situación en Extremo Oriente es particularmente delicada a causa del «holocausto» que padece Indochina; Norteamérica se halla en el comienzo de una campaña presidencial que puede liquidar el poder del actual presidente; las relaciones, por calificarlas de alguna manera, entre la República Popular de China y la Unión Soviética son, pese a las conversaciones que mantienen en el Kremlin, particularmente tirantes.

Por todas las razones antes expuestas, es lógico que la chispa que acaba de estallar en Corea del Sur sea vista con especial preocupación por los analistas.

La situación en Corea del Sur no es todavía lo suficientemente clara como para saber a ciencia cierta cuáles han sido los secretos móviles que llevaron al jefe de los servicios de espionaje a asesinar al presidente Chung Hee Park. Fueron razones que están íntimamente ligadas a la compleja situación interna? Lo cierto es que últimamente se habían producido en el país una serie de incidentes particularmente violentos —hubo durante dos días duros choques entre miles de manifestantes y la policía—, que deben ser interpretados como un episodio más de la larga lucha de la oposición contra el régimen dictatorial del presidente asesinado. Las últimas noticias recibidas de Seúl parecen confirmar que el sucesor de Chung Hee Park controla la situación; pero lo más importante es que las fuerzas armadas apoyan unánimemente al nuevo presidente e incluso se ha realizado un llamamiento a la unidad nacional —clara alusión a la cooperación de los opositores—, para hacer frente a este momento crítico.

En cualquier caso, tenemos la impresión de que si en realidad el asesinato fue un hecho esporádico no habrá más motivo de preocupación. Pero si constituía el primer eslabón de una amplia acción hurrida no sabemos todavía por quién, entonces lo que pueda en un futuro inmediato ocurrir en aquel país resulta sencillamente imposible de predecir: las consecuencias podrían ser imprevisibles. Por todo ello, habrá que observar con gran atención cuanto en los próximos días suceda en aquel país.

El Mundial, también por consenso

EN la estrategia de pactos y consensos de la política actual, ha llegado ese asunto político-deportivo que es el Mundial-80, o deportivo político, ya que parece que, esta vez sí, los intereses políticos se han sometido a los otros, lo que ha supuesto la continuidad de Raimundo Saporta al frente del Real Comité Organizador.

Pocos personajes habrán recibido en este país más lisonjeros elogios que Raimundo Saporta, señalado desde los cuatro puntos cardinales no como la persona más idónea, sino como «la idónea» para poner en solfa el Mundial-82.

Ha tenido que ser un pacto Clavero Arévalo - Felipe González, por el que se accede a los deseos de Saporta en cuanto a la composición de los comités locales se refiere, el que haya recompuesto el jarrón que se había roto. Ha cedido, pues, el PSOE, cuyos alcaldes, en contrapartida, no tendrán que pasar por el aro del Real Comité en las obras de infraestructura de cierta importancia, sino que se dirigirán directamente a la Administración.

Así las cosas, Saporta vuelve a empuñar las riendas del Mundial con una incógnita que el tiempo debe despejar: si el pegamento empleado para recomponer el jarrón del Mundial-82 será lo suficientemente consistente para resistir otros embates. Porque si alguien ha quedado desairado en este asunto, aparte nuestra reputación como organizadores del Mundial-82, no son otros que los alcaldes socialistas de los diez sobre catorce municipios de las ciudades-sede, desde el de Zaragoza («no habrá Mundial en mi ciudad si antes no hay otro puente sobre el Ebro») hasta el de Barcelona que, sin ir más lejos, el martes declaraba a un rotativo barcelonés que «Saporta debe comprender que los planteamientos socialistas en el Mundial son de una lógica aplastante».

En la transición

Democracia y desencanto

EL proceso, casi completo, del período de transición institucional hacia la democracia, coincide de forma creciente y espectacular con un clima general de desencanto en el país. Hay atonía, indiferencia, escepticismo y abstención en todos los escalones y vertientes de la pirámide de la vida pública. El desinterés crítico se alía con el pesimismo de futuro, con el «así no vamos a ninguna parte» de contortulios en café o de diálogos en la calle. El Parlamento ha entrado asimismo en el ambiente enrarecido de algo que interesa escasamente al público. Acaso porque los grandes temas que apasionan de verdad al ciudadano no se atacan sino tangencialmente en los debates del Congreso. Las mismas campañas electorales han tenido reducido clamor popular. ¿Por qué esa desilusión? ¿Por qué esa ausencia de entusiasmo? Los partidos políticos llegarán en su explicación del fenómeno seguramente, a conclusiones favorables para su dogmatismo específico. La culpa, dirán unos, es de la política excesivamente derechista del Gobierno o según otros, de la tensión y desorden social originados en la demagogia izquierdista. Intentaré analizar, a mi vez, el acontecimiento desde una óptica imparcial, no comprometida.

Todo proceso de transición lleva aparejado un inevitable desencanto. Tiene ello su origen en el contraste inevitable de lo imaginado con lo conseguido. Muchos años de espera, de ansiedad, de luchas, de proyectos, de frustraciones, de sacrificios, de adversidades, acumulan en el rincón de las expectativas un tesoro de sueños imaginarios. La realidad se encarga de convertir en hechos de muy distinta condición las proyectadas iniciativas durante la etapa del deseo y de la añoranza. «Qu'elle était belle sous l'Empire!» exclamaban los republicanos desengañados después de que monsieur Thiers les instalara la III República francesa. Desde el general Cavaignac hasta Sedan, la República era el anhelo de la izquierda liberal francesa enfrentada con Napoleón III. Y aquella utópica y añorada institución se revelaba como algo bien distinto que defraudaba a sus partidarios. De ahí vino la locución: «¡Qué bella era la República bajo el Imperio!».

El desencanto es el encuentro con los problemas verdaderos que surgen inevitablemente después de los gargarismos retóricos. El aroma de los claveles de Portugal duró escasamente el tiempo que tardaron en aparecer los planteamientos de fondo; las estructuras débiles de la economía; los niveles reducidos de la riqueza nacional; la mala distribución de las rentas; el progreso insuficiente en el camino de la modernidad. No hay

excepciones en este tipo de situaciones. La desilusión francesa después de la liberación de 1944-45 fue tan considerable, que el general De Gaulle, héroe indiscutido, hubo de retirarse en 1946 para esperar una nueva oportunidad, en 1958, al revuelo de la guerra de Argelia y reemprender la conquista del poder.

Forman parte de esa desmitificación general la caída y desaparición de innumerables personajes de distinta índole y dimensión que fueron protagonistas en el trance del cambio y abandonaron la escena como por encanto. Cualquiera puede hacer la comprobación leyendo diarios de hace tres o cuatro años o libros de encuestas que estuvieron de moda en ese tiempo. No sólo muchos políticos, sino también escritores, artistas, empresarios, profesionales, periodistas, que figuraban como firmantes casi en todos los manifiestos, en las cartas de protesta, en las reuniones semiclandestinas y autoconvocadas y a los que la calidad de contestatarios añadía una fuerte aureola de prestigio popular fueron desvaneciéndose poco a poco, en el olvido o en el desdén. Como si el término de la transición política española hubiera supuesto también un capítulo final a la cotización de sus anteriores valores literarios, artísticos o profesionales. Ese factor es indudablemente también causa —o quizá resultado— del actual y extendido desencanto.

De la democracia se esperaban muchas cosas. Probablemente, demasiadas. La democracia no es el remedio milagroso de los males de un pueblo, sino una filosofía de la vida pública y un instrumento de autogobierno de las naciones. Democrático es un sistema que trae el origen de su gobierno de la voluntad popular libremente expresada y dejando abiertas las alternativas de alcanzar el poder a los demás grupos políticos que aceptan el juego. El derecho a disentir es, juntamente con el respeto social mutuo, la vigencia de las libertades civiles y la efectiva participación del mayor número, la esencia de un Estado moderno democrático. Y, por supuesto, el estricto respeto a la Ley sin el que ningún sistema democrático puede subsistir.

¿Qué necesita un país para funcionar bien en régimen democrático? Un nivel educativo suficiente que acepte la responsabilidad y el deber como contrapartidas de la libertad y de los derechos individuales. Un mínimo bienestar económico generalizado que deje abierta la escala de la cultura que enriquezca la existencia cotidiana. Pero nadie crea que la democracia en funcionamiento es un sistema brillante, espectacular y divertido que se presenta en el teatro de la política. No. La

democracia es en general un sistema aburrido y que tiene, además, notorias incomodidades. Suiza y Suecia, por citar dos ejemplos de antiguas y respetadas democracias plenas y auténticas, son naciones de vida política tediosa, según los cánones españoles y aún yo diría latino-mediterráneos. Quizá por eso mismo tienen tan alto nivel de vida y no han tenido guerras en su territorio desde la era napoleónica.

Quizá no sea malo que el sistema democrático sea aburrido para los españoles. Acaso ese hastio vaya apagando los enconos y las pasiones y abriendo el camino al pacto, a la convivencia y a la paz. Quién sabe si unas instituciones democráticas y parlamentarias, un tanto hostezables, no representan el antídoto de tantas minas subterráneas, de tantas violencias, de tan grande cúmulo de gentes que todavía maquinan complots, subversiones, atentados y demás disparates capaces de volver a llevar al país por la triste senda de los fratricidios.

Se nos dice que el motivo de la frustración general es la partitocracia, que vino a sustituir, sigilosamente, a la democracia. Pero ¿es que hay algún sistema democrático en el mundo que no sea también una partitocracia, un régimen de partidos? Uno y otro vocablo son homogéneos por encima de sutilezas y distinguos. Otras gentes suponen que la desilusión es culpa de la clase política, que no está a la altura de su misión o que no se atreve a enfrentarse con su responsabilidad. Pero, ¿es que la clase política es, en la España actual, una selección al revés? ¿Y la clase empresarial? ¿Y los ejecutivos? ¿Y los funcionarios, o los profesionales, o los trabajadores más o menos cualificados? ¿No tendrán ellos las mismas connotaciones positivas o negativas de estar o no a la altura de su papel? ¿No formamos todos parte de una misma sociedad? ¿Quién ha dado a un sector o a un opinante la autoridad para enjuiciar a los demás compañeros de la comunidad española? «La France s'ennuie», exclamó Lamartine cuando atacaba en la Cámara de los Diputados a la Monarquía orleanista. Que hay en estos momentos en España un montón de problemas graves que requieren una acción solidaria de todos, es cosa evidente. ¿Pero que la democracia lleva consigo el desencanto? Yo no lo creo. La democracia, con su aire aburrido no ha hecho sino poner sobre el tapete, bajo las luces de la crítica, las grandes cuestiones nacionales irresueltas, en su verdadera dimensión.

José María DE AREILZA

¿Dónde está el «rostro humano»?

Abstemios para el socialismo

YA lo saben ustedes: gracias al voto unánime de la llamada «oposición», el Congreso ha aprobado una enmienda por la que se gravará en un 50 % la publicidad de las bebidas alcohólicas. Es una de las pocas veces en que los partidos de la izquierda parlamentaria se han impuesto al grupo gubernamental, flojo de asistencias aquel día. Y me pregunto a qué viene esa sobrecarga de impuesto —aunque sea restringida a la publicidad— que ha de recaer precisamente sobre las bebidas alcohólicas. Sin duda, el señor Barón, diputado del PSOE según parece, lo explicaría en el discurso que pronunció acerca del asunto, pero las referencias periodísticas de que dispongo no lo precisan. ¿Alegó quizá que se trata de una manera eficaz de llenar las arcas del erario público? ¿O tal vez se sacó de la manga el peligro de los excesos étlicos y ponderó las ventajas de la sobriedad, particularmente para las clases populares? Me inclino a suponer que insistiría más en este último. Con una frecuencia escalofriante, los prohombres de izquierdas —no sólo ellos, claro está— suelen padecer unos extraños arranques de puritanismo. Ignoro, por ejemplo, qué acostumbra a beber tales señores, en las comidas, en el bar de las Cortes, en las fiestecitas domésticas. ¿Agua mineral sin gas? ¿Siempre?

Existen demasiados motivos para sospechar que la cosa se dirige, ante todo, a disuadirnos de que empuñemos el codo en demasia. Y en especial al proletariado. En estado de embriaguez, las masas nunca harán la revolución. Tampoco el PSOE pretende que las masas hagan la revolución ni nada, por supuesto. Puede incluso que los economistas del partido hayan calculado los «gastos sociales» —hospitales, medicinas, defunciones, horas de trabajo perdidas— que comportaría un alcoholismo desenfrenado. Bueno. Sólo que no sólo subirá enseñada el precios de vinos y licores, por poco que sea, y no será poco, sino que, al mismo tiempo, a través de otras tasas fiscales, subirán los precios del tabaco, de la pornografía impresa, de los cines que exhiban películas «S», probablemente de las entradas de las discotecas... La confabulación se ve venir. Pretenden hacernos virtuosos a la fuerza. Eso sí: sin llegar al extremo de implantar una «ley seca», ni de regresar a los buenos tiempos de la «censura», ni trucos así. Basta con encarecer los «vicios». O con amenazarlos con sanciones penales más afflictivas. Quienes pagarán los vidrios rotos serán, como digo, los sectores económicamente deprimidos. Las personas pudientes soportarán sin quejas el alza de todos los productos pecaminosos. ¿Ocurrió alguna vez de otro modo?

Está muy lejos de mi ánimo propugnar, aquí y ahora, un «modelo» de sociedad entregada a la disipación, al libertinaje o a cualquier otra eventualidad nefanda. Todas las sociedades que en el mundo han sido, para sostenerse, tuvieron que basarse en un ideal discretamente apacible de morigeración. O sea: en un término medio, entre el vicio y la virtud. Una sociedad que practicase abusivamente el vicio —los Siete Pecados Capitales, por ejemplo— caería en el caos más fulminante; si, por el contrario, se atuviese al rigor de las Siete Virtudes opuestas, no funcionarían los negocios y el aburrimiento corroería a las muchedumbres. Lo he subrayado en más de una ocasión. El secreto consiste en ir tirando, con el ejercicio de un tira y afloja eminentemente pragmático, y con episodios fanáticos por ambos extremos. Lo malo es que, por lo general, el lado de los «vicios» ha sido privilegio de los poderosos. Los pobres han hecho lo que han podido para participar en la jerga. Pero las diferencias, si fuesen estadísticamente computables, resultarían ilustrativas. Entre el vaso de peleón o de aguardiente del obrero y el whisky o el champagne de los potentados no media una cuestión de alcoholes, únicamente: es un epifenómeno de la lucha de clases. Y pásenme ustedes la pedantería.

Y uno esperaba algo más, y algo más éticamente decente, de los que dicen propugnar un «socialismo con rostro humano». Desde luego, una revolución no es un guateque, como ya advertí en su mo-

correspondería hacerla a UCD. Los partidos descendientes de la II Internacional, socialdemócratas teneos y apacibles, no aspiran a revolucionar nada. Su buena intención de ser «socialistas» nadie la discute. Hace años que vengo denunciando que sobrealundan los «socialistas», en Occidente: ¿quién que es no es «socialista»? Ha habido una inflación del término. Todo el mundo es «socialista»: en cuanto uno se descuida, tropieza con un «socialista» inédito. Son socialistas hasta los rabinos y los morabitos, y hasta algún obispo católico-romano sudamericano. Esto no es serio. Es lógico pedir explicaciones: ¿qué «socialistas» son éstos? Dejo a un lado la opción comunista: es otra historia, y para otro día. ¿Socialismos «con rostro humano»? De momento, el «rostro humano» no se ve por parte alguna. Además de ser «revisionistas» o «socialdemócratas», que ya es una pena, son «puritanos». O aparentan serlo. No me atrevo a emplear la palabrota «hipocresía». Pero...

Supongo que los intereses vitivinícolas, tan importantes en el territorio español, protestarán contra la enmienda socialista a que me estoy refiriendo. Allá ellos. Y allá el Gobierno de Su Majestad, que corre el riesgo de que nos hagamos abstemios por falta de recursos, ya veremos qué hace con sus enormes excedentes alcohólicos. Un par de copitas después de cenar, un bautizo o una boda, un cóctel diplomático, el clásico ofrecimiento de «vino español» en las inauguraciones o las clausuras de ceremonias oficiales, y el aperitivo folklórico, y los cubatas de los chicos, y el sorbito de enís de la abuela, podrían añadirse a la «crisis». Los médicos claman contra el alcohol, contra los hígados y las demás vísceras que el alcohol destruye: lo hacen por nuestro bien. Es un consejo a tener en cuenta. Pero... Si un socialismo puede tener «un rostro humano», tendrá que ser un socialismo con muchas libertades, sin descartar la borrachera. Y otras más mento don Fidel Castro. Pero, repito, no hay ninguna «revolución» de por medio, ni siquiera la «revolución burguesa», la cual, en todo caso, importantes, respecto de las cuales los susopseudodichos socialistas, a menudo, reaccionan como ursulinas. En el ramo del sexo, estos individuos se parecen a la CEDA como una gota de agua a otra gota de agua. Y los del PCE, pone el estilo. En eso del bajovientre, Gil Robles, Carrillo, Suárez y González «comentarían» un consenso tan fácil como abrumador. Todos son unos y los mismos, cuando se toca este límite.

Lo que me inquieta es el eslogan del «rostro humano». La subida de precios de vinos y licores, promovida desde el PSOE, aunque sólo sea para apoyar la Hacienda de UCD —y ellos no eran ni son los más indicados para eso—, me parece una burla desgraciada. En la tela les hemos visto a todos, con su vaso en la mano, y no con morapio. Demos por obvio que no son unos beodos. Pero ¿y sus electores, que «todavía» tienen el vino como alimento, en esta complicada España postlopezrodoniana? Y esa «clase media», más hipotética que real, pero también real, ¿cómo se las arregla en sus módicas francachelías? ¿Y los niños de toda ideología, que acuden a las barras con una sed especial? El socialismo con «rostro humano», a partir de la enmienda defendida por el compañero Barón, tendrá un rictus amargo... El viejo Rabelais, calcando sacrilegamente el litúrgico «Venite, adoremus», proponía el chiste de «Venite, apotemus»... ¡Bebamos! El patriarca Noé inventó la cosa, si no yerro. En última instancia, sólo unos pocos pretenden emborracharse. Los demás queremos el «rostro humano». Y si se quiere, con música de zarzuela española: «¡A beber, a beber, y a apurar...!» ... Todavía el PSA no se ha pronunciado sobre el tema... En fin: gracias a los dóctiles diputados de don Felipe González, tomar una simple cerveza nos costará unas pesetas. más. No hacía falta.

Joan FUSTER